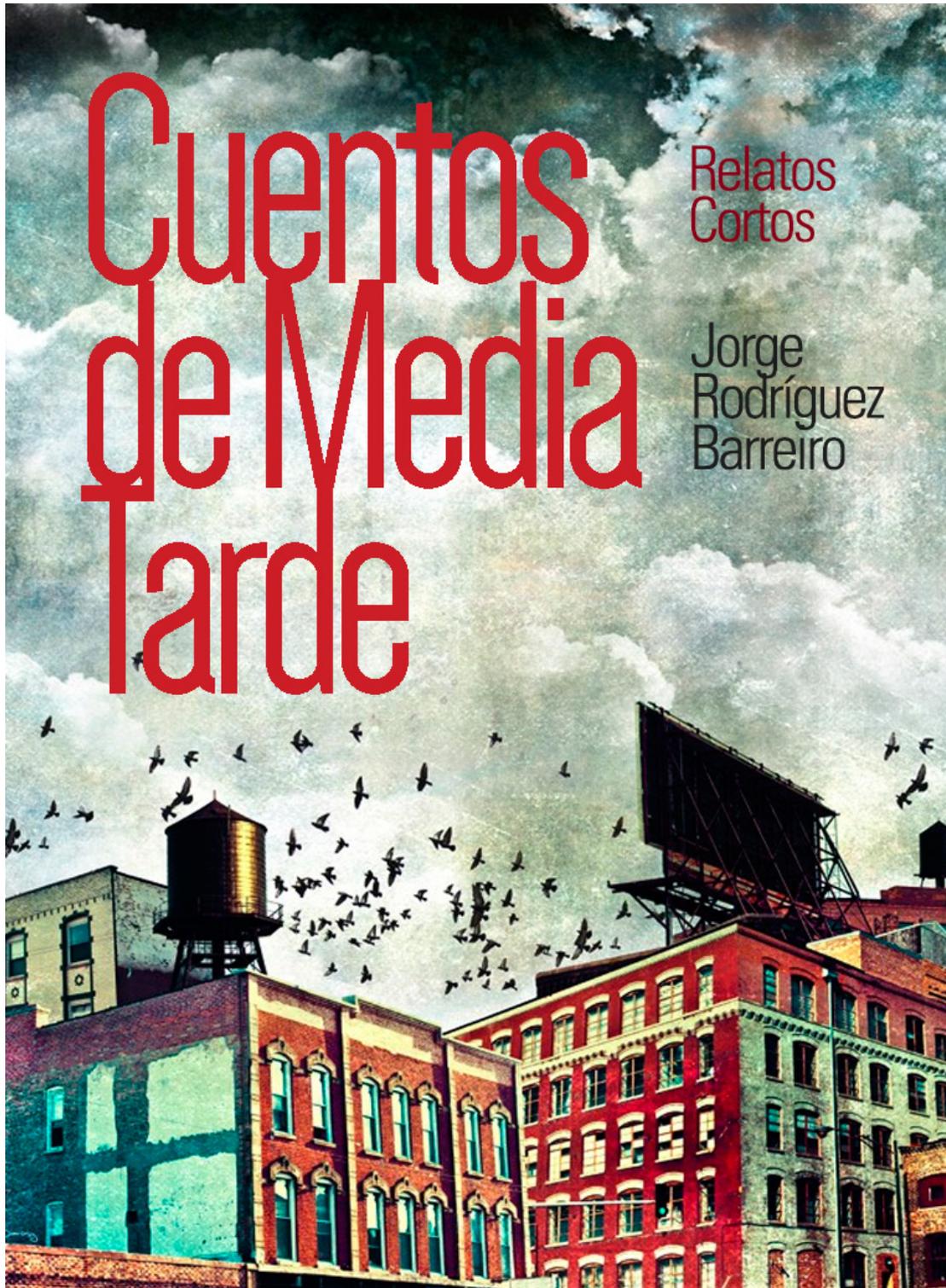


Cuentos de media tarde

Jorge Luis Rodríguez Barreiro



Capítulo 1

Son todos iguales

Juan metió las dos rebanadas de pan en la tostadora. Se frotó un ojo a la vez que intentaba ordenar un poco los dolores de su cabeza. Las risotadas de sus amigos se juntaban con el ron añejo y los labios de la morena, que aún parecían besarle. Miró el reloj, ya habían pasado las dos de la tarde. No quería volver a la habitación. Se sentía culpable y no quería recordarlo ahora. Prefería fingir, al menos por un momento, que estaba solo. Tenía tiempo de sobra. Julia, su mujer, ahora estaba en Barcelona por trabajo y no volvía hasta el miércoles.

El miércoles. Faltaban tres días. Podía desayunar plácidamente y luego ya vería que hacía con la noche anterior. Ahora se sentaría en el sofá muy tranquilo, con sus tostadas, su mantequilla, su cafecito con leche. Un poco de zapping. O mejor aún, aprovecharía a mirar los episodios de Dexter que tenía postergados por culpa de Julia. ¿Y si llamaba? Dexter tal vez no era una buena idea para relajarse. No había pensando en la llamada de buenos días de Julia, y era muy posible que llamara de un momento a otro. Estiró el brazo para coger un estuche azul y cuadrado de la estantería. De hecho es raro que no hubiera llamado ya. Abrió la caja de los discos y sacó el que ponía "Mad Men 3". Pero lo dejó todo arriba de la mesa y se levantó. Cogió su móvil. Ni llamada, ni mensaje. Eran ya las dos y media. No tardaría en llamar. Pensó que sería mejor ir a la habitación y despertar a la chica. No le hacía gracia tener a Julia en el teléfono y a la chica durmiendo desnuda a unos pocos metros. Recogió los restos del desayuno y lo llevó todo a la cocina. En ese momento oyó el sonido del ascensor deteniéndose en su planta. Dejó de respirar por un momento. Era imposible que fuera Julia. Su corazón se aceleró. Se paró frente a la puerta intentando reconocer los sonidos al otro lado. Una llave giró en su cerradura.

–¡Hola amor! ¡Ya estoy aquí! –exclamó Julia al abrir.

–Hola...

–Joer, que cara tienes.

–Si. Se me parte la cabeza.

–Es que ya no puedes irte de fiesta con tus amigos como antes.

–Si.

–Toma. A ver que te parecen, creo que algunas han quedado muy bien

–dijo ella sacando unas fotos de un gran sobre amarillo.

–Creo que está sonando tu móvil. –le avisó Juan buscando un refugio.

–Espera. Si. Es Montse.

Juan se sentó en el sofá y dejó las fotos sobre la mesa frente a él. No podía despegar los ojos de Julia. Hablaba por el móvil caminando por el salón de un lado para otro. Siempre le hizo gracia ese gesto, esas

caminatas sin ton ni son. Pero ahora no. Ahora era como un cuchillo entrando y saliendo de su abdomen, según se acercaba o alejaba de la puerta de la habitación. La veía pero no la escuchaba, había entrado como en una especie de ensoñación. Estaba inmovilizado, entregado. Pensaba en la puerta de su habitación. Nunca le había prestado atención. Apenas le veía utilidad. Y ahora su futuro dependía de esa puerta. Observó la foto que había quedado encima de todas. Un pez atrapado en una maraña de redes, diferentes, mezcladas. Un montón de hilos, antes inofensivos, ahora ahogándole. Un ojo enorme mirándole, pidiendo ayuda o simplemente viendo como su vida se va de forma absurda, violenta, inesperada sin poder hacer nada. Se quedó hipnotizado.

–Escucha Montse, tranquila, que bajo ahora mismo. –dijo Julia aún hablando por el móvil.

Juan respiró hondo pero no podía quitarse la angustia. Volvió a mirar la foto. El ojo seguía allí. Intento despegarse.

–Que no mujer, si en el Ave vienes como una princesa. Que si, que ahora mismo bajo. Y no llores mujer, los hombres son todos iguales.

Capítulo 2

Eva

–¿Y por qué esperaste a que yo no estuviera en Madrid? –preguntó María a su hija.

–No esperé nada. El sábado pasó Ana por mi piso y se lo conté, simplemente. – le contestó Eva a la vez que terminaba de preparar una ensalada con tomate y mozzarella.

–A veces parece que sólo Ana fuera tu madre...

–Mamá, no dramatices.

–No, no dramatizo. Siempre has tenido mejor relación con Ana...

–Sabes que no es así. Sois mis dos mamis guapas y las quiero mucho a las dos. –Dijo Eva mientras se acercaba a su madre y le abrazaba fuerte.

–¿Y desde cuando te han empezado a gustar los chicos? –María encendió un cigarro y se sentó en el sofá

–Desde siempre.

–¿Desde siempre? ¿Y todas las chicas con las que has estado?

–¿Qué pasa con eso?

–¿No te gustaban? ¿Era para disimular?

–No que va...

–¿Nos has mentado todo este tiempo?

–Que no, mamá. También me gustan los chicos. He estado con chicos y chicas.

–Si hablaras más conmigo y me contarás tus cosas...

–Pero es que hay cosas que se ven, no hay que contarlas, por eso digo que igual no querías verlo. ¿O creías que con Joaquín sólo éramos amigos? ¿y Pepe?

-¿Y Ana sabía también que te gustaban los chicos?

-Pero si no es ningún secreto. Pero tampoco tengo que publicarlo. ¿O sí?

-¿Pero ella lo sabía o no?

-¿Es importante eso?

-Sí, porque ahora descubro que hay cosas que habláis a mis espaldas...

-Nadie hablaba cosas a tus espaldas, no seas exagerada.

-Es la sensación que tengo ahora mismo.

-Mamá, estás sacando las cosas de quicio. Vamos a ver, primero que nada aquí no hay ningún secreto ni se te ha ocultado nada. Simplemente que yo me relaciono con Ana de una forma y contigo de otra.

-...

-No pongas esa cara. De verdad, mamá. Que es normal. Somos tres personas muy diferente y es natural que nos comuniquemos de esa forma.

-Pero ahora me entero de cosas que... ¿O sea que con Joaquín erais novios?

-Que no, solo éramos amigos pero con derechos... bueno, que follábamos. Mejor hablar claro para que lo entiendas bien.

-Tampoco te pases, que no soy tonta.

-Prefiero pasarme a quedarme corta; que luego dices que no te cuento todo. Porque lo de Joaquín era más que evidente.

-Hombre tampoco tan evidente... además me has dicho que eran amigos.

-¡Mamá! Se quedaba a dormir casi todos los fines de semana.

-Ya. Pero yo creía que... ¿Y Ana, por qué tampoco me dijo nada?

-¿No te dijo nada de que?

-De que te gustaban los chicos.

-Vamos a ver. Yo creo que el problema está en que vosotras tenéis una

forma muy diferente de ver las cosas.

-¿Diferente en qué?

-No sé, Ana es más abierta. Tú, en cambio, eres más estructurada, estás más en tu mundo. Nunca has estado con un chico y hasta me dijiste una vez, que sexualmente te daban asco.

-¿Asco? No, yo no dije eso. Pero es normal que no me gustaran, ¿no? Siempre fui lesbiana.

-¿Ves? eso es lo que te digo. Tu defiendes la orientación sexual como si fuera una religión. Y yo soy más de las que piensan que cuando te gusta una persona, da igual si es hombre o mujer, solo hay que dejarse llevar. En el fondo somos todos bisexuales.

-Todos, no...

-Si, si, todos. Lo que pasa es que la gente, como en muchas cosas, intenta siempre colocarse de un lado o del otro, o eres hetero o eres gay. Y así se sienten más cómodos, más seguros.

-¿Más seguros? Te prometo que yo nunca me sentí segura siendo lesbiana y tuve bastantes problemas, no te olvides que hace diez años las cosas eran muy diferentes.

-Pues Ana vivió la misma época que tú. Y ve las cosas diferentes.

-Bueno, ella es más joven que yo. Pero también está orgullosa de ser lesbiana.

-¡Ya estamos con el orgullo! ¿Vale para algo la tontería esa del orgullo gay?

-Tampoco hables así, que no me gusta. Mucha gente ha sufrido durante años...

-¡Mamá!

- ¿Que?

- Deja el discurso... sabes que solo exagero para que veas que hay que tomarse las cosas más relajadamente.

-Ya... -dijo María respirando mientras acomodaba sus ideas.

-Tampoco vamos a casarnos.

-Si te lo ha pedido es porque piensan casarse ¿o ya no funciona así?

-Si, mamá, pero no tiene que ser ya, apenas llevamos cuatro meses juntos.

-Pero tendrán pensada una fecha o algo, digo yo.

-No, que va. Ya veremos. Tal vez el año que viene o el otro.

María se recostó en el sofá relajada y dejando aparecer una leve sonrisa. Su niña había crecido y ella casi no se había dado cuenta. Le hizo señas para que se sentara a su lado.

-Ven... Ahora cuéntame lo más importante:
¿Cómo fue que te lo pidió?

Capítulo 3

No tengo la menor idea.

Marcela se colocó junto a su novio al final de la larga cola del control policial del aeropuerto. Observó los carteles que dividían la entrada. Europeos y no europeos. Los europeos pasaban enseñando sus pasaportes casi sin detenerse y tan felices. Del lado de los "no", estaban ella y su novio y largas filas llenas de caras de preocupación. Metió su mano en el bolsillo. Acarició la tapa de su pasaporte. Completamente nuevo, sin usar, hacía apenas una semana fue a buscarlo llena de ilusión. Pero ahora, por más que buscaba, no veía su ilusión por ningún lado.

-Voy al baño -le dijo a su novio señalando los lavabos cercanos.

-No tardes.

Cogió su mochila y se fue sin responder. Se metió en el de mujeres y buscó uno libre. Cerró la puerta. Bajó la tapa y se sentó. Sacó el pasaporte y lo cogió con sus dos manos. Lo puso frente a ella y se quedó con la mirada fija en él. Alguien golpeó la puerta pero ella no respondió. Siguió con la mirada fija en las letras doradas con el nombre de su país. Apenas hacía unas horas se reía, y lloraba, con Jimena, con Mariana, con Alejandra. Ahora, aquí, encerrada, en un baño de un país sin amigos. "Por favor nena, cuídate. Te quiero mucho" le dijo su madre en el último beso. "Te quiero mucho" dijo ella también. Y se dio cuenta, en ese momento, de que no se lo decían nunca. O casi nunca.

Se puso de pie y levantó la tapa del váter. Hizo lo que tenía que hacer. Después tiró de la cadena. Cogió su mochila y salió. Su novio estaba esperándola con la mirada. Con la mirada agria. Esa mirada que se le clavaba en el pecho y le ahogaba. Esa mirada que les separaba. Como los carteles.

-¿Porque tardabas tanto?

-Es que...

-¿Qué pasa?

-No encuentro el pasaporte. -dijo temblando en la voz.

-¿Qué? ¿Como que no lo encuentras?

-Que no lo encuentro... -repitió llorando.

-¡No! No puede ser. No puede ser, Marcela. Mira que te lo dije. ¡Lo sabías! Sabías que era lo más importante.

Javier se tapó la cara con las dos manos intentando calmarse y pensar en algo. Respiró hondo. La abrazó y la llevó hacia unos asientos lejos de las cabinas de la policía.

-A ver... con calma, no llores. Vamos a sentarnos aquí y buscamos bien.

-Ya he revisado la mochila, el bolso, la ropa, todo. Y no está.

-Pero tiene que estar en algún sitio, Marcela. No puede haberse evaporado. Recuerdas dónde lo llevabas por última vez?

-Lo he perdido. Lo he perdido.

-Recuerdas dónde lo llevabas por última vez? -insistió su novio.

-No -contestó ella.

-Tienes idea de dónde puedes haberlo perdido?

-No, no tengo la menor idea.

Capítulo 4

Maldito Calor

Pedro salió de su casa muy nervioso, sudando. Le faltaba su ducha rápida antes de irse a trabajar en el taxi. Pero no aguantaba ni un minuto más allí dentro. Esther, otra vez, le había sacado de quicio.

Llevaba casado con ella veintitrés años y era lo que más quería en el mundo. Sin embargo, las cosas, no iban muy bien últimamente. Ella pasaba cada vez más horas en el ordenador. Y aunque Pedro no tenía demasiada idea de aquellos mundos virtuales, que frecuentaba Esther. Sabía que había por allí, algo oculto. Oscuro. Y su ignorancia en esas cuestiones se convertía en impotencia.

Discutían por todo. Y tenían muchas peleas, como la de hoy, que nunca terminaban bien. No soportaba, esa costumbre nueva de contestarle, desafiante. No podía con eso. Le sacaba completamente de sí. Se volvía loco. Al menos esta vez se había quedado callada. Por fin.

Maldito Calor. Parecía que la cabeza iba estallarle. Buscó su taxi con la mirada. No lo veía por ningún lado. Creía que lo había dejado frente al bar de Jesús. Pero allí no estaba. Dio toda la vuelta a la manzana y nada. Siguió dos calles más y ni rastro. Solo faltaba que se lo hubieran robado hoy. Volvió sobre sus pasos y por fin lo encontró.

Se sentó al volante y puso las manos en la cara. Como si con ese gesto pudiera quitarse la mala sensación del cuerpo. Se quedó así un rato, con los ojos cerrados. Quería dejar su mente en blanco pero un portazo le hizo volver a la realidad. "A la estación de Sans" dijo la inesperada clienta. Una chica de unos 20 años se había acomodado en el asiento de atrás con un gran bolso. Ella se quedó mirándolo extrañada. Pedro, sin decir ni palabra, puso en marcha el coche. Condujo hasta la estación de trenes y fue el único viaje del día.

Pasó algunas horas recorriendo las mismas calles aburridas de siempre, sin rumbo fijo. Y sin atender a nada. En su mente se concentraban un montón de imágenes y ninguna agradable. Sólo el automatismo que le habían impreso sus años de experiencia impidieron que tuviera un accidente.

A las 4, Pedro decidió volver a casa. Quería terminar ya con ese día de mierda. Fue a la floristería de Asunción y compró un ramo de rosas amarillas. Las preferidas de Esther. Era su forma de equilibrar los malos ratos que le hacía pasar. Solo el ver la cara de ella al recibirlas era su

alivio de conciencia.

Salió de la floristería seguro de que un rato ya las cosas volverían a su cauce normal. "Es increíble lo que pueden lograr unas flores en una mujer". Bueno, al menos con Esther funcionaba. Cualquier tontería que hubiera hecho él. Se olvidaba con un buen ramo.

Al llegar a su calle, había sitio de sobra para aparcar frente a su casa. Eso siempre era una buena señal de que las cosas iban a ir bien. Antes de entrar miró el ramo, estaba precioso, esta vez Asunción se había esmerado.

Pedro sentía el cuerpo extremadamente cansado y su dolor de cabeza había ido en aumento. Entró por fin en casa, cerró la puerta y no pudo dar un pasó más. Se quedó un rato allí, de pie, petrificado. Sitiendo una enorme presión el pecho. Esther estaba allí. Tal como la había dejado. Su cuerpo extendido en el suelo, en extraña posición. Inmóvil.

Mareado, se sentó en el sofá y dejó el ramo de rosas a un lado.

Frente a él, la televisión, aún encendida, con el programa que animaba las tardes de Esther.

Capítulo 5

Ocho días

Lunes 21

Y entonces la muy rubia va y me dice "Me enervas con tanta positividad". Yo la miré con cara de no entender de qué me hablaba. Bueno no sé qué cara puse realmente, pero me entendió. Que se había pasado. Y pidió perdón levantando la mano sin decir nada, que es la disculpa de los engreídos. De todas formas, cogí el móvil y atendí una llamada inventada y con la misma me volví a mi sitio. Realmente me cansa esto de los desayunos. Una pérdida de tiempo, 40 minutos de charlas que a nadie le interesan con gente que no interesa. Y encima, no soy libre de ventilar mi negatividad de lunes por la mañana. Que te den, Miss Felicidad, a ti y a tu maravilloso, estupendo y ficticio fin de semana. Y ahora es cuando tu, harías ese comentario redondo con el que empezáramos a reírnos de mis rabias de lunes, la rubia y los desayunos estériles. Pero no. No estás. Entonces me estiro en el sofá y me pongo los cascos.

Martes 22

Abro el portátil, abro Spotify le doy al play y me meto en Tinder. Lola ha dejado un mensaje. La del tatoo-sol en la espalda. Se ve muy guapa en las fotos, se nota que las ha elegido cuidadosamente. "No busco nada, solo estoy aquí para asegurarme de que no me pierdo nada. No es necesaria sinceridad absoluta." Me ha encantado su descripción, pero la he vuelto a leer varias veces y me ha dejado pensando. Y no me he atrevido a preguntarle. Podría ser una descripción muy trabajada o varias frases sin sentido para parecer interesante. Como si de pronto en un bar pone un cartel: "Café con leche ahora con azúcar". Bueno no sé si es un buen ejemplo. "Estás por ahí?" dice. Y yo me voy a la cama. No le contesto, no estoy de ánimo. Cierro la app y queda solo la música. Y me quedo mirando el fondo de pantalla. Una de nuestras mejores fotos. Llena de alegría. Debería cambiarlo. Poner mi antiguo fondo negro. Era perfecto.

Miércoles 23

Me he traído el ordenador y la cerveza a la terraza. Siento a El Negrito acomodarse lentamente junto a mis pies, buscando la mejor posición. Apenas se puede mover apenas puede girar. Él no parece sufrir pero yo sufro viéndolo. Mi sicólogo dice que sufro porque me proyecto en él, que él no sufre tanto como yo viéndolo. Realmente sufro porque sé que queda poco. Y no quiero pensar. Pero pienso. Cojo el libro que está debajo de la mesilla. Píldoras Azules. Lo abro y leo la dedicatoria. Dos años exactos. Solo dos años. ¿cómo pueden pasar tantas cosas en dos años?. Y ahora no logro que pasen ni los minutos. Miro el reloj de la pared, el segundero

se mueve muy lentamente, como El Negrito. Como yo. Es tarde y apenas llega el sonido de una moto a lo lejos.

Jueves 24

Salí de terapia con hambre de hamburguesa del VIPS. En la mesa de al lado. Una chica morena de pelo muy largo con un niño en brazo y frente a ella un chico bastante guapo. Me quedé mirando al niño. Era un niño muy feo, la verdad. El chico dijo algo como "que guapo tan gordito", pero no sonaba totalmente sincero, la madre le hizo un gesto para que lo cogiera. Él dudó, pero lo cogió cuando la madre insistió. Pero cuando el niño se vio en nuevas manos, su carita se transformó y soltó agudos, solo perceptibles por perros. Lloraba con todas sus fuerzas. Me quedé largo rato observándoles.

Era nuestro juego. Adivinar las historias que se nos cruzaban. Parecía una primera cita, incluso me atrevería a decir, que a ciegas, aunque el niño no me cuadraba para nada. ¿Quién lleva un niño a una primera cita? Pedí la cuenta y volví a casa en mi bici disfrutando de las calles semidesiertas.

Viernes 25

Cine Verdi, otra vez. Ese olor inconfundible. Me sentía extraña allí sola, pero tenía que cruzar la línea. Pequeñas mentiras sin importancia. En París sin cambiar de barrio, decías tú. Mi mano busco tu pierna y se quedó acariciando la butaca. Cuando aparecieron los créditos del final me quedé un rato mirando la pantalla, sin secarme las lágrimas. Sintiendo como se deslizaban por mis mejillas. Tal vez necesitaba este momento mucho más de lo que pensaba. Me quedé sola en la sala.

Sábado 26

Rocío. 35 años. Quedamos directamente para las copas. Y fue una buena idea. Necesitaba una noche así, hablando y riendo como si nos conociéramos de toda la vida. Me arrastró a bailar cuando sonaron los primeros acordes de Boys Don't Cry. Y tuve que besarla. Es que esa canción me encanta, y el alcohol. Que siempre que me apoya en esas decisiones. Y sentirla tan cerca, y su olor. Sabes que tienes que hacerlo. ¿Por qué los tíos tardan tanto en besarnos? Bueno, son tíos.

Las niñas somos diferentes. Y en el instante del beso volvió Isabelle. Como si estuviera esperando estos 2 años para volver. Aunque aquel beso de primeras con Isabelle, fue extraño, confuso, me besó y me quedé mirándola pensando ¿Qué coño haces? No me lo esperaba. No me esperaba eso de mí.

Anoche todo fue natural, incluso ya en su portal cuando las caricias ya no eran superficiales. Pero no pude subir a su piso. Me miró mientras me abrochaba la camisa, sin decir nada. Caminé sin rumbo pensando en las

curvas que tiene la vida. Recordé a mi madre sentada en el sofá, cuando yo tenía 18 años, y me veía salir con mis ganas de fiesta. Cuídate, no seas tan egoísta. Son esas frases que te quedan grabadas para siempre.

Domingo 27

Lo malo de levantarse a las 2 de la tarde un domingo es que el lunes está a los pies de la cama mirándote. Y El Negrito se ha meado por toda la casa. Pero es mi Negrito y el único que siempre está conmigo.

No me apetecía ir a lo de Rubén, pero fui, necesitaba un poco de porteños lindos. Me encantan, pero a veces son tan cansinos con sus chácharas de mercadillo. Cardiólogos del alma, sicólogos del corazón. Tacto, oído, olor, los sentidos emocionales. Me voy a Argentina cambiando solo de barrio. Che loca, ¿estás de viva qué no venís a vernos? Hace mil años que no encaras pa'casa de los pobres. Si, es que al final me hacen reír y me lo paso bien. Otro aire. Viento del sur. Y Rubén, que siempre me devuelve el brillo a los ojos. Un bombón, made in Lanús. Con él descubrí que los argentinos siempre follan por amor, amor de toda la vida, o amor de una noche, pero amor. Me abraza y otra vez me siento una niña.

Lunes 28

Lunes falso, domingo duplicado. A veces te sorprendes descubriendo cómo has cambiado a través de las personas que se han cruzado en tu vida. Rubén, me atrapó con su mirada y su caja de música infinita. Hay cosas que no voy a olvidar. Mago de las palabras. Me hacía sentir viva, única, la frutilla del pastel. "Yo soy porque nosotros somos." Me decía y me quedaba loca. Luego vinieron otros pero Rubén siguió ahí en mi piel, imborrable.

Muchos hombrecitos después, cuando ya creía que con 29 años lo sabía todo, me despierto en una cama diferente, más suave, pero más enredada. Isabelle. La cara B de un disco que nunca terminas de escuchar. Y me encantaba cruzar en rojo los semáforos y bailar con Paloma San Basilio y reíamos hasta caernos al suelo borrachas de alegría. La puta alegría que siempre dura lo justo.

Y ahora estoy aquí con el disco rayado. Y lo hago rodar, y se queda tambaleándose entre la cara A y B. Y yo me quedo mirando el sol que entra por el balcón. Cojo mi cerveza y me apoyo mirando la gente pasar. Ahora empieza el verano y apetece hacer la loca y no atarse. Libertad libertad . ¡Si! Me pongo el pantalón y me bajo a la terraza del Musaranya con El Negrito, los dos felices. Un libro, una cervecita y a no quemarse la cabeza con nadie. ¡Eso!

Miro a El Negrito que me mira con su cabeza apoyada en mi pie.

Cojo el móvil, abro el WhatsApp, no hay mensajes nuevos. Cierro el móvil y acabo la cerveza de un sorbo. Acaricio al Negrito y vuelvo a coger el móvil mientras mi cabeza encaja 2 piezas en un tetris imaginario ¿Rocío dijo que libraba los martes?

Capítulo 6

I can see all obstacles in my way

Clara aceleró un poco porque no quería llegar por la noche al pueblo. Odiaba conducir por la noche. Debería haber salido un poco antes, pero la comida con Isabel se alargó más de lo esperado. Llevaban meses intentando coincidir y había mucha historia para contar. Ahora se arrepentía de haberse tomado la última. Pero estaba feliz de haberla visto después de tanto tiempo. Desde que se conocieron siempre tuvieron esa relación de confianza extrema, esa sensación de haber vivido juntas en un pequeño mundo imaginario incluso antes de su primer encuentro, ese mundo de sentarse siempre en la última fila en el insti, de conciertos míticos, de adorar a Tarantino, ese mundo de sufrir por todo y disfrutar lo justo. Y esa relación se mantuvo a pesar de la distancia y de las turbulencias del alma.

El coche de Clara tenía malas noticias en forma de humo blanco que salía del motor, quitó el pie del acelerador y miró el panel. Una luz roja intermitente no parecía una buena señal. Con alivio vio como a su derecha un cartel indicaba una gasolinera en la próxima salida. Salió de la autopista por donde estaba indicado, pero ni rastros de la tal gasolinera. Una rotonda y un nuevo cartel indicando la gasolinera. Y luego de varios kilómetros nada de nada. Cuando ya se daba por vencida vio a lo lejos algo parecido a una estación de servicio, y una pequeña carretera que llevaba en esa dirección. Giró y se puso en marcha hacia su deseado destino. ¿Pero qué sentido tiene poner una gasolinera en el medio de la nada?

Aparcó a un costado de la tienda y junto una especie de parque para perros. No se veía a nadie por allí, aunque parecía estar abierta. Se bajó y abrió el capó, sin saber exactamente para qué, pero en las películas siempre lo hacían. Una nube de humo blanco le hizo echar la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se apartó un poco para ver mejor. Se veía todo muy caliente y no quiso tocar nada.

Entro en la tienda y saludó, pero sin obtener respuesta alguna. El hilo musical lo inundaba todo con un volumen tal vez demasiado elevado. Sonaba una canción que parecía querer trasladarla a una película americana de los 70s. "Look straight ahead, there's nothing but blue skies" ¿Hola? Nadie respondió, pero Johnny Nash seguía cantando en el fondo: "I can see all obstacles in my way". Cogió un KitKat de una estantería y volvió al coche, y estuvo un rato buscando los papeles del seguro. ¿De qué película era la canción? La tenía rondando en la cabeza,

pero no le salía. Como odiaba eso.

Salió del coche y empezó a caminar con el móvil al oído, dando pequeños mordiscos al KitKat mientras esperaba que algún humano le diera una respuesta a su problema.

Volvió a mirar hacia la tienda y seguía sin ver a nadie, el sol estaba al borde del horizonte ya.

"Aproximadamente en 50 minutos llegará la grúa hasta donde usted se encuentra"

Guardó el móvil en el bolsillo y miró a su coche buscando una respuesta, tenía aún el motor al descubierto y ya no salía humo. tal vez podría continuar viaje y ya en el pueblo podría pedirle a Carlos que le echara un ojo.

Si al menos hubiera alguien a quién preguntar en esta maldita gasolinera. Entro en la tienda, cogió una cerveza fría, una revista y una bolsa de patatas. Cogió también un paquete de chicles y se lo metió en el bolsillo. Salió de allí y busco un sitio donde sentarse y esperar a la grúa.

Cuando acabó la cerveza vio que por fin había alguien en la caja de la tienda y pensó en pedirle ayuda, pero antes necesitaba ir al baño.

Los encontró al costado de la gasolinera, el de chicas daba demasiado asco, intentó con el de chicos, pero la puerta estaba cerrada "Utilizar el otro".

- ¡Thelma y Louise! ¡Si! Esa era. Que alivio. Pues estaría bien que hubiera una Louise ahora allí con ella. ¿O Thelma? Su cabeza estuvo dando tumbos por los recuerdos y no se decidió. Tal vez Clara tenía una mezcla de las dos.

Echo un vistazo detrás de la tienda y no lo pensó más, se levantó la falda y se bajó las braguitas hasta las rodillas y se puso a mear mientras miraba el móvil.

Tenía un mensaje de Isabel "Siempre genial contigo. Tenemos que vernos mas seguidos Loki! Muaac"

Y también tenía varios de su novio, un círculo verde con un 8 aparecía al lado de su nombre. Pero no los abrió, y sin leerlos podía imaginarlos, esa preocupación aparentemente sana que se convertía en algo más oscuro cuando se acumulaban los mensajes sin contestar.

El 8 se convirtió en 9, en 10, en 11... "Clara? Hola???" Se leía ahora como último mensaje, Ese que siempre te muestra el WhatsApp en la lista

de nombres.

De pronto se encendieron las luces que iluminaba el exterior de la tienda dejando un poco más expuesta a Clara que giro la cabeza a ambos lados comprobando si había ojos indiscretos por allí, pero no se veía a nadie.

Solo una vieja cámara de vigilancia dominaba todo el sector posterior de la tienda y en cierta forma le enfocaba directamente, y le creó cierta inquietud, a pesar de no tener mucha pinta de estar en funcionamiento, estaba bastante oxidada como la mayoría de las cosas que había por allí.

Cuando acabo se puso de pie al mismo tiempo que subía sus braguitas azules, estiró sus brazos sobre su cabeza para sacudir la pereza y el cansancio.

Volvió a la tienda y la única presencia era aquella música de road movie, esta vez no reconocía la canción. Se acercó a la caja para coger un paraguas de chocolate.

Entonces vio las tarjetas de regalo de Netflix. Sin pensarlo cogió dos de 50 euros y se las metió en el bolsillo.

- ¿Qué haces? - dijo con brusquedad el dependiente que por fin daba señales de vida.

- Nada... esperando que alguien me atienda - contestó Clara intentando poner voz de acabo de llegar y no he hecho nada

- ¿No, no, que has cogido? - insistió el chico ya más cabreado

- ¿Ah, esto, pero lo iba a pagar eh? - dijo Clara sacando las tarjetas y dándoselas

- ¿Solo dos? creo que has cogido más

- No, solo he cogido dos.

- A mí no me tomas el pelo, o me das todo lo que has cogido o llamo a la policía.

- Que no he cogido más nada, coño - dice Clara levantando las manos en señal de que no lleva nada más

- ¿Y en los bolsillos no tienes más nada? ¿En la ropa no te has metido

nada?

- Joder que no, ¿tengo pinta de ir robando mierdas por las putas gasolineras?

- Mira, no me chulees o llamo a la policía, hay cámaras y te he estado observando

- ¿Has estado espiándome mientras meaba? - dijo Clara queriendo parecer más cabreada que él y distraer la atención

- Ven, entra aquí y vacía todos los bolsillos encima de la mesa - dijo el dependiente señalando una puerta que daba a un pequeño despacho

Clara se dio por vencida, mejor sería pagar todo lo que cogió y acabar con el tema. Entró en el despacho y vació todos sus bolsillos poniendo todo sobre la mesa. El chico de pie muy cerca de ella disfrutaba de la situación. Hipnotizado con su cuerpo no se cortaba en observarla como si ella estuviera allí para cumplir sus deseos más oscuros. Clara estaba acostumbrada a ser asaltada por miradas de todo tipo de hombres. Que ni le asustaban ni le alimentaban su ego, pero sabía aprovechar ese poder cuando quería. A Clara, aquel chico no le parecía especialmente guapo, pero le atraía esa actitud autoritaria, esos modales toscos, esa mirada penetrante, tal vez lo que más le ponía era estar allí bajo los deseos de un don nadie. Un pobre desgraciado. Y no pudo impedir que a su cabeza viniera una de las fantasías sexuales que más utilizaba para masturbarse últimamente.

Y aunque sabía que pagaría las cosas, le pediría disculpas como si realmente lo sintiera y volvería a su coche, sin más, quería por un momento dejar volar su mente. Dejarse llevar por su fantasía y vivirla en otra dimensión. Y sintió que el chico se acercaba más, demasiado, por detrás de ella. ¿Segura no tienes más nada? -le decía casi al oído- Quitate la camiseta. Clara pensó que él nunca se atrevería a cruzar esa línea y tal vez por eso sintió la necesidad de dejarse llevar, de ser otra. Y comenzó a quitarse la camiseta muy lentamente, dejando al descubierto sus pechos pequeños, perfectos. Los pezones parecían pintados por un artista. Dejo caer la camiseta al suelo sin levantar la cabeza, pero sintiendo la presencia de aquel hombre muy cercana. Sin que nadie se lo pidiera empezó a vivir su propia fantasía. Sentía que sus braguitas se estaban humedeciendo. Desabrochó su falda y a dejo caer a sus pies. Imaginarse así de pie, casi desnuda, solo con sus braguitas negras, con la cabeza baja, mirando a sus pies y frente a aquel desconocido le excitaba cada vez más. Él se acercó aun más y ella pudo ver como el bajaba la cremallera y descubría su miembro colgando, muy grande. De pronto el cogió el cojín sucio y gastado que tenía en la silla del despacho y lo puso en el suelo entre ella y él. A partir de ahí Clara se dejó llevar por una fuerza desconocida que le empujaba. Se arrodillo sobre a el cojín, quedando su

cara a pocos centímetros de aquella polla, que aún no estaba completamente dura. La cogió con su mano acariciándola muy suavemente, siempre le gustaba esa sensación de sentir como crece en su mano. Pero él no dejó que siguiera la cogió fuerte del pelo y la obligo a chupar sus testículos mientras se masturbaba y cuando la tuvo bien dura se la metió en la boca, sin dejar de cogerle del pelo. La polla entro toda en su boca, casi no podía respirar y él tenía su cabeza cogida con las dos manos para que no pudiera escapar. Ella estaba bloqueada, casi ahogada, pero sentía a la vez una excitación que le dominaba por completo. Él comenzó a follarle la boca con fuerza como si estuviera seguro de lo que Clara necesitaba. A ella se le mezclaban un montón de sensaciones, tenía miedo, ansiedad, pero también sentía como su cuerpo se entregaba a aquel placer nuevo y extraño. El chico siguió así hasta que ya a punto de correrse, sacó la polla de su boca y mientras se masturbaba le obligo nuevamente a lamerle los testículos. Se corrió en su cara y ella sintió como resbalaba por su mejilla el semen hasta llegar a sus labios, estaba entregada completamente, como nunca antes lo había hecho.

Sin tener tiempo a reaccionar él la cogió del pelo y la obligó a ponerse de pie y apoyada con las dos manos sobre el escritorio, él se puso detrás. Por la cabeza de Clara pasaban miles de cosas a la vez, su corazón estaba tan acelerado que sentía que no podía respirar. Sus manos acariciando su culo, bajando sus braguitas, abriendo sus nalgas, sintió la polla presionando en ese círculo mágico, unos segundos que le parecieron eternos y de pronto un azote muy fuerte y aquella polla entrando en su culo, y otro azote y la polla invadiendo cada vez más su cuerpo.

- Bueno mira vamos hacer una cosa, pagas lo que has cogido y aquí no ha pasado nada - de pronto la voz del chico le despertó de su ensoñación.

Clara le miró y asintió con la cabeza y se disculpó casi con un susurro, mientras buscaba en su bolso la tarjeta de crédito. Mientras esperaba que el hiciera efectivo el pago con la tarjeta, ella cruzo los brazos cubriendo su pecho como si realmente estuviera desnuda.

Salió de la tienda con una sensación extraña en su cuerpo, sin entender aún que había pasado allí.

Caminó hacia su coche y vio que por la carretera se acercaba por fin la grúa del seguro.

El chico revisó el coche y al cabo de un rato le dijo que algo de un liquido anticongelante y que podía continuar viaje pero que en cuanto pudiera se pasara por un mecánico para comprobar que todo estaba correcto.

Clara le firmó los papeles y se sentó al volante.

Cuando se fue la grúa, se quedó un rato mirando al chico de la tienda que había comenzado a apagar las luces.

Su mano se deslizó por debajo de su falda y sus braguitas, sus dedos se humedecieron rápidamente.

Su móvil comenzó a sonar, pero ella continuó jugando con sus dedos.

Se quitó las braguitas y abrió las piernas para poder llegar con sus dedos hasta el fondo del placer.

El móvil arrancó otra vez con su sonido acusador. Ahora sí Clara lo cogió y lo apagó con rabia.

Abrió la puerta del coche y comenzó a caminar hacia la tienda

Capítulo 7

Hermanos

Han pasado seis meses y aun nadie lo puede creer. Y no es que en el barrio no estemos acostumbrados a los malos ratos y a miserias por todos los rincones. Pero a mí al menos nunca se me había pasado por la cabeza que pasara algo así. Y menos con los hermanos Castro.

Los hermanos Castro no eran lo mejor del barrio, ni mucho menos, pero a mí me caían bien. Crecimos juntos, su casa y la mía estaban pegadas y en cierta medida también nuestras vidas. En el barrio no tenían, todo hay que decirlo, una muy buena imagen. La gente se deja llevar por cotilleos y se exageran historias que ni vienen a cuento. Y mucha gente ciertamente los odiaba y muchos, estoy seguro, se habrán alegrado al saber la noticia. Putos imbéciles, gente ignorante que habla por hablar. Los listillos de siempre, codo en la barra, que lo saben todo y que se gastan algún chiste negro a costa de la desgracia ajena. A mí no me gusta entrar en polémicas y menos en el bar, así que, si algo no me gusta, me muerdo la lengua, me termino mi cerveza y me piro. Pero con lo de los Castro fue diferente. No me aguanté ni una y mandé a la mierda a más de un mascachicle de taburete. Y mira que yo no soy violento, pero hay límites. Y una noche no me acuerdo exactamente lo que dijo un gilipollas pero le metí un par de hostias a ese hijo de puta que ya no se ríe más de nadie.

Los Castro eran una familia trabajadora, o mejor dicho lo que quedaba de una familia trabajadora. Paco, el padre, perdió un buen trabajo en los 90 y nunca fue capaz de encontrar otro. La madre, Carmen, trabajaba en una panadería, y hace un año cansada de aguantar vagos dejó la casa y el barrio. Walter y Mario se quedaron con el padre como única opción disponible. Nadie curraba. Fue el principio de todo.

Walter, El Loco, era el mayor de los dos hermanos. Con diecisiete años se había ganado el respeto de todos a fuerza de proezas de barrio. Él se inventó "el salto largo". Una especie de deporte de riesgo, pero a lo pobre. Se trataba de colgarse en el último vagón del Cercanías, cuando este iniciaba la salida del andén, y soltarse lo más lejos posible de la estación. Algún viernes en el último tren, el de las 23:45, cuando El Negro Roque, único vigilante de la estación, ya dormía derrotado por la semana y el vino de cartón. El Loco ganaba siempre, o casi siempre, y tenía el récord, que le había costado una fractura de clavícula. El "casi siempre" era por Ruper, que le había ganado una vez, pero la cosa no terminó nada bien, lo cierto es que nadie volvió a ver a Ruper.

Mario, el otro de los Castro, era El Maguiver. Antes de eso, tuvo que soportar durante mucho tiempo ser El Pequeño o "el hermano de Walter".

Pero un día, así sin más, se convirtió en El Maguiver. Estábamos como siempre buscando un coche para salir de fiesta. Y cuando Walter se disponía ya a darle su golpe en el cristal a un Audi bastante apañado, Mario dice: "déjame a mí". Walter me miró interrogándome. Mario casi nunca hablaba y menos aún tomaba la iniciativa. Antes de que nos diéramos cuenta ya había abierto el coche y lo puso en marcha y sin animaladas. "Mira al Maguiver", soltó Walter entre orgulloso y sorprendido.

Aquel día yo estaba como siempre en la puerta del local que alquilábamos para pasar las tardes y los fines de semana. Me gustaba estar allí en el límite entre la luz y la oscuridad y observar a la gente. Mario había aparecido por el local después de meses sin pasarse, me saludó con su sonrisa blanca de siempre. Walter dos días antes me había contado que Mario estaba cada vez más distante y desde hacía un año o así, que andaba en cosas raras y podía estar igual una semana sin pasarse por su casa para volver a desaparecer al día siguiente. El Loco siempre cuidó a su hermano como el padre que nunca existió y veía con tristeza como Mario se alejaba poco a poco de su vida sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Por eso se alegró al verle entrar al local y sin pensarlo le quitó el mando de la Plei al Jackson y se lo entregó a Mario. Llevaban mucho tiempo sin jugar al FIFA. Mario le devolvió el mando negando con la cabeza. El Loco, insistió y Mario finalmente aceptó. El Loco estaba acostumbrado a ganarles a todos y no hacía excepciones con su hermano. El partido sin embargo no llevaba el rumbo habitual y el cero-cero se empantanó en el marcador. Había mucha tensión. En el minuto 79, El Loco por fin hizo el gol y otra vez El Pequeño Mario caía frente a su hermano. Pero El Loco no celebró como otras veces, en su cara se dibujaba una mueca extraña. Mario no se dio por vencido, le dio al botón de pausa, utilizó los 3 cambios posibles y en el minuto 87 aprovechando un córner empató el partido. Poco duro su ilusión. En el minuto 91, ya en tiempo de descuento, pitan un penalti a favor del equipo de Walter. El Loco, era experto en tirarlos, demasiado crecido eligió a su propio portero para tirarlo. Este exceso le dio la pista a Mario para adivinar el tiro. A lo Panenka, un tiro suave elevado por el centro de la portería. El Pequeño Mario solo tuvo que dejar el portero en el centro y parar el tiro. Aprovechó el desconcierto y que el portero rival estaba intentando volver a su lejana portería, sacó rápido y se la dio al jugador que estaba en la punta izquierda cerca del mediocampo y tiró de primera a portería desde su propio campo, el balón voló por los aires hasta aterrizar al borde de la portería vacía, mientras el portero de El Loco corría desesperadamente intentando lo imposible. El balón que parecía rodar en cámara lenta, entró por fin. Mario sin creérselo aún, salto y se burló de su hermano como nunca antes. Walter no pudo con su rabia, con su humillación, la cara roja, los ojos a punto de estallar. Con una mano cogió del cuello a El Pequeño Mario y con la otra comenzó a darle en la cara con el mando inalámbrico de la consola con una fuerza animal, hasta que El Pequeño dejó de moverse.

Durante unos segundos que fueron eternos nadie pudo moverse. Solo la imagen en la pantalla se repetía una y otra vez, el balón girando en el aire hasta llegar a la línea final.

Han pasado seis meses y aun nadie lo puede creer. Nunca más he vuelto al local, pero aún sigo de pie en esa puerta, mirando sin poder hacer nada.

Capítulo 8

Sin Red.

Luis salió a la gran terraza de su piso en la novena planta, era su primer día de vacaciones, la noche era preciosa. Avanzaba la madrugada y ya sentía el alivio de la noche. Desde que la prensa había comenzado a ser su sombra, empezó a apreciar la tranquilidad de esas horas profundas. Eran ya pasadas las dos, miró hacia la calle, apenas se veían algunos coches y el ruido del camión de la basura a lo lejos era lo único que interrumpía el silencio. Al día siguiente recogería a Sofía y se irían, por fin dos semanas a una isla muy pequeña en el Caribe, lejos de todo y de todos. Se habían conocido hacía apenas dos meses, pero sentía que aquello era el principio de algo importante. Sofía era completamente diferente a la pasarela de chicas que había conocido en estos últimos tiempos, niñas sobreactuadas y artificiales buscaban al Luis de papel, de titular de lunes. Sofía en cambio, era auténtica, natural y muy directa. Ella le hacía sentir normal otra vez, le hacía volver a la realidad. Bajar a la tierra, como le decía su madre cuando su cabeza se llenaba de ideas demasiado esplendorosas. Sofía parecía ver al otro Luis. El que se pasaba las tardes jugando al fútbol en las calles de tierra de su barrio. El que un día salió de su querida ciudad de Montevideo, con apenas una maleta y un contrato que podía ser o no ser.

Miró la hora en su reloj, y sirvió otro vaso con dos dedos de whisky y tres hielos. Salió al balcón. Le escribió un mensaje a Sofía, que estaba en una fiesta en casa de una amiga. "Te echo de menos, mañana por fin volamos al paraíso!" escribió y se quedó con sus ojos en lo que había escrito. "Te echo de menos." Era la primera vez que lo escribía. Miró otra vez la hora y volvió a mirar hacia la calle. Podría coger el coche y en veinte minutos darle una sorpresa a Sofía. A esa hora la carretera estaría desierta. Entró en el salón. Sobre la mesa estaban aún los papeles de la nueva joya de su pequeña colección de deportivos. Cogió las llaves del coche y se quedó mirándolas en su mano. Bebió un gran sorbo del vaso que había abandonado, cogió su chaqueta y salió del piso.

Eran ya casi las tres y efectivamente la calle estaba desierta a esas horas, en pocos minutos ya estaba en la autopista, prácticamente solo, los tres carriles para él, de 120 paso a 140, no era nada para aquel coche, esperó a la próxima recta y se puso a 160 y apenas se sentía la velocidad. Tenía que probar aquella máquina fantástica a ver si valía de verdad lo que ponía en la factura. Empezó a pisar más fuerte, 180, 190. Nadie por delante. Pisó más. Volaba. La sensación era maravillosa. De pronto algo se cruzó en la carretera. No pudo distinguir que era, pero pisó el freno e intentó esquivarlo a la vez. El coche se deslizó de costado varios metros

hasta que comenzó a dar vueltas sobre sí mismo hasta salirse de la carretera y seguir unos metros, para terminar contra un viejo árbol que aguantó como pudo aquel tremendo golpe.

Cuando por fin todo se quedó quieto, abrió los ojos e intentó mirar, pero estaba todo muy oscuro, el coche había quedado boca abajo, pero por suerte no le había aplastado. Le dolía todo el cuerpo y apenas podía moverse. Sentía alivio de que al menos el coche haya dejado de dar vueltas sobre si mismo. Intento salir, pero su pierna izquierda parecía estar enganchada en algo y le dolía mucho. Tenía miedo de hacerse daño si tiraba y prefería esperar a ver si alguien se acercaba y pedir ayuda. Oyó un mensaje en su móvil, pero el sonido llegaba lejano. Tenía muchas ganas de dormir, pero intento vencer el sueño. Notaba que los coches pasan muy cerca pero tal vez estaba demasiado oscuro para que le vieran. Oyó que llegaba algún mensaje más a su móvil, y logró divisarlo a lo lejos por la luz de la pantalla. Pero era imposible alcanzarlo. Se le cerraban los ojos. Intento estirarse, sin forzar la pierna, para poder al menos sacar la cabeza por la ventana y respirar mejor.

Su móvil sonaba otra vez, pero ahora le llamaban. Seguramente Sofía. El sueño le vencía, y a pesar del sonido del teléfono, que no paraba de taladrarle, se quedó dormido.

Un murmullo dentro de su cabeza le despertó, sonidos vagos que se convertían en voces. Entreabrió los ojos, pero no lograba ver bien, demasiada luz, demasiado blanco. Su mente era una nebulosa de ideas. Poco a poco fue recobrando el conocimiento. Estaba en una cama, rodeado por algunas personas que él conocía y que poco a poco iba encontrando los nombres. Sofía estaba a su lado con una sonrisa enorme y apretándole fuerte la mano. Y también sus dos mejores amigos, que jugaban en el equipo. Estaban todos riendo y decían cosas pero que aún Luis no podía entender. Se encontraba bien en aquel sitio, ya no sentía dolor, no sentía nada, tenía el cuerpo como dormido. Sofía le dio un beso y le acarició la cara. Se acercaron sus amigos también. Se sentía vivo otra vez. Recordaba la oscuridad y el dolor y ahora, allí rodeado de luz, de sonrisas, de besos, tenía ganas de llorar.

Alguien le traía saludos de todos los integrantes del equipo. Habían estado todos juntos el día anterior al accidente celebrando que otra vez habían ganado La Copa. Sofía sacó su móvil y empezó a leer infinidad de mensajes de aliento, saludos y demás que inundaban las redes sociales, algunos emotivos, otros graciosos y muy ocurrentes. Iba leyendo a saltos, como si hiciera una rápida selección y evitara leer algunos. Pero Luis no escuchaba, notaba algo en el aire, en las sonrisas, pero no sabía que podía ser. Se sentía incómodo, tenso, apretó los puños debajo de las sábanas. Quiso mover sus piernas, pero estaban dormidas aún. Miro a los

pies de la cama y se quedó helado. Algo no iba bien. Sofía dejó de hablar. Algo faltaba allí.

Su pierna izquierda ya no estaba. No había nada. Sintió un escalofrío y no podía dejar de mirar el final de la cama. Vacío. No podía hablar ni pensar. No quedaba nada. Nada.

Miró a Sofía y a sus amigos, ya no sonreían, sus caras ya no podían fingir. Su mirada continuó fija durante unos minutos. Solo las lágrimas que brotaban con fuerza por sus ojos rompían el silencio de aquel momento. Intento levantarse y no pudo. Sintió un dolor fuerte en la espalda. Y otra vez todo se volvió blanco, y las voces se desvanecían, ya no podía entenderles. Volvía a ser toda una nebulosa.

"El Zurdo de Oro" habían titulado hace solo un día los periódicos cuando le dieron el premio al máximo goleador de la liga.

Capítulo 9

Sofá

Apenas sonidos apagados indescifrables, el murmullo de alguna televisión, pequeños golpes. Un movimiento casi automático con mis pies y los escondo otra vez debajo de la manta. Me doy otra vuelta en el sofá y siento un libro clavándose en mi espalda. Deslizo mi mano por debajo de la espalda y lo quito. Todo por una chica. Lo dejo en el suelo al lado del tabaco. Me encanta esta sensación de espesura, este aire de sábado que parece que nunca va a terminar. Este espacio de tiempo de no hacer nada. Nada que me saque de esta oscuridad. El cuerpo relajado. La mente en cosas blancas sin importancia. Perder el sentido de donde estoy. Imaginarme en un sofá de otro piso, de hace años, cuando iba al instituto, con esos pelos raros que ni podía peinar. Sin ese fantasma del acecho del lunes. Había lunes, sí, pero no había jefes mediocres, ni rutina de charla de café aburrida, ni gente fea y monótona Desagradables. Bueno, la nueva becaria de Marketing no está nada mal. Es una alegría con esos mini vestidos que me trae, aunque el viernes, con vaqueros y las converse tenía su punto también. Y se nos quedó una charla interesante por la mitad, ya veremos qué pasa, pero sus sonrisas no mienten. La barba finalmente está dando sus resultados. Gracias prima. Lástima que al final no hubo cañas Ahora debería levantarme. Limpiar un poco antes de que venga mi compi. Creo que el móvil en algún momento ha vibrado o ha hecho el intento. Igual no viene hoy. Debería mirarlo. Había cena hoy o algo. Me apetece fiesta. Vuelve a vibrar, esta vez sí. De verdad. Solo un poco más. No quiero abrir los ojos. El fin. Un poco más. Quién sabe cuándo habrá otro sábado así. Es tan difícil tener un poco de tiempo para no hacer nada. ¿Por qué se valora tan poco el no hacer nada? Debería ser como hacer deporte, una hora de no hacer nada. Pero en este piso se hace muy difícil. Demasiada gente rondando. ¿Cuántas semanas que no tengo todo el sofá para mí? Debería buscarme un piso para mí solo. No tengo que esperar a los treinta. Veintiocho años también es un buen momento. Y no es que sean malas compañeras. Soy yo, que ya no estoy para este rollo de pisos compartidos. Necesito mi espacio. ¿Ayer fue trece o catorce? Trece. Si, hoy es catorce. Tengo que hablar con mi padre, que va hacer con el coche. Por ahí podría empezar a pensar otras alternativas.

Otra vez vibra el móvil y está ves abro los ojos y me siento en el sofá. Busco el móvil, no está en la mesa, ni en el suelo. Tiene que estar por aquí. Si, hundido en el sofá. ¿Cómo hacen los móviles para encontrar siempre eso huecos?

[4 mensajes nuevos]

[Pedrito - 17:05]

Yoru, al final hemos reservado a las 930, en el Rias Baixas. Ponte guapo q viene Raquel ;-)

[Minchu - 17:10]

Nene, hoy la liamos, eh? Pásate por casa antes d la cena y echamos unas partidas

[María Piso - 16:59]

Washi, viene mi amiga cordobesa el martes, en ppio solo 1 noche, ya hable con Gaby. Besichu.

[Elena - 16:47]

Loqui ¿cmo stas? ¿tdo bn? llámame porfa q n tngo saldo y hablams

Cogí un cigarrillo y el encendedor y salí al balcón. Me sorprendió un sol de primavera, casi de verano. Di la primera calada y me apoyé en la barandilla, mirando la plaza casi desierta. Solo un personaje de camiseta negra casi gris y barriga de Cruzcampo afeaba el momento. Caminaba con paso tambaleante pero decidido y berreaba por el móvil. "Eres un hijo de puta. ¿A mí no me vas joder, me entiendes?" No me hubiera gustado estar en la piel del otro. Ni en la del otro, ni en la de este.

Miro otra vez el móvil. Elena. Elena. Elena. Es la historia de nunca acabar. ¿Y ahora qué? Otra vez aparece de la nada, con sus mensajes misteriosos, su "no tengo saldo". No tienes saldo, pero te quedaban 96 caracteres para explicar qué te pasa después de 4 meses sin decir nada. Al menos decirme para qué cojones quieres que te llame. No, no y no. Hoy no es el día. Hoy es día de fiesta con los colegas. Que hace dos semanas que no salgo de verdad. Y vendrá Raquel. Coincidimos en la fiesta en casa de Fabio, y la cosa iba muy bien pero no quise apurar, pensando que seguiríamos luego en algún bareto o algún plan así.

Pero se tenía que ir temprano y se quedó todo en dos besos y un "ya nos veremos en otra". Es muy, muy guapa, exactamente, exactamente del tipo de tías que me encantan. De las que no se enrollan con un paleta que le diga tres tonterías. Les gustan los tíos con clase, que sepan valorarlas, escucharlas, hacerlas reír. Sobretudo hacerlas reír. Pero también es verdad que cuánto más guapo es más fácil es hacerlas reír. Si tu eres guapo, no necesitas ni decirles nada. Te acercas las miras y ya se ríen. ¿O les preguntas "donde está el baño?" y se ríen. Y si se ríen, ya tienes

medio camino hecho. Si eres guapo no necesita ser listo ni ocurrente. Eso está claro.

Miro la pantalla del móvil, busco el último mensaje y llamo.

- Hola guapo! - contesta Elena, como si habláramos todos los días
- Hola... ¿que tal? ¿que es de tu vida?
- Bien, aquí vamos, ¿qué haces?
- Pues aquí haciendo el perro.
- ¿Estás en casa?
- Si... aquí.
- ¿Qué haces hoy?
- Ni idea, estos irán a cenar, pero no sé si me apetece mucho salir hoy.
- Ah, pues, ¿te apetece que me pase por tu casa?
- ¿Ahora?

Se hace un silencio y oigo varias voces

- Hola? Elena?
- Si si, estoy aquí, que me estaban hablando. ¿Me paso por tu casa entonces?
- ¿Cuándo?
- Pues más tarde por la noche. Y así hablamos, que me tienes olvidada.
- Olvidada? Pero si te he mandado un montón de mensajes y no has dicho nada. Luego ya no lo intente más.
- Sí? ¿a mi no me ha llegado nada, cuando?
- Ni idea, es igual.
- Me paso a las 9 por tu casa?
- Si, como quieras, pero no vengas a las 12

- Vale. Llevo unas birritas.
- No traigas nada que aquí hay
- Bueno llevo un par de Estrella Galicia que se dejaron la Montse y el otro y a mí no me gusta.
- ¿Montse se ha venido a Madrid?
- No que va, vino a ver a Rober, sigue en la nave del Poble Nou con los demás.
- Y con Marc que paso?
- Nada eso no va a ningún lado nos vemos bastante pero nada. Amigos. ¿Tus compis están hoy?
- No, Gaby en Ponferrada y July con el novio
- De puta madre, me gusta, los dos solitos. Esta vez no te me escapas.
- ¿Escaparme yo? ¿O hablas de una persona llamada Elena?
- No seas malo, que estaba depre por lo de Santi
- Ya, ya, al menos esta vez avísame si no vas a venir
- Sí, no seas rencoroso, a las 9 en punto estoy en tu casa.
- No vengas muy tarde, besitos.
- Beso

Bueno ahora si voy a tener que arreglar el piso un poco y las sábanas que dan asco. Son las 6 apenas. Me sobra tiempo. Primero me ducho así me despejo y puedo encarar mejor la limpieza. No, mejor primero limpio, que voy a transpirar y a llenarme de mierda y luego una ducha. ¿O hago la compra primero?

Ocho y media. Todo en orden ya. Me dejo caer en el sofá. Abro una cerveza y bebo un trago. 17 de abril. El primer día que vi a Elena. Hace casi 2 años. Yo volvía a casa, miércoles por la tarde noche. Ella iba caminando delante de mi indecisa, mirando los números de los portales. ¿Perdona la calle Libertat? preguntó cuándo pasé junto a ella. Tienes que seguir recto por esta misma unas 7 calles, yo voy más o menos hacia allí. Y seguimos caminando aparentemente juntos, sin hablar. Le pregunté de donde era, tenía un leve acento que no lograba identificar. Ella me miró como si pensara la pregunta. No soy española. ¿Y tú vives por aquí?,

preguntó mirando hacia el bar de la esquina de mi calle, que se acercaba hacia nosotros por la izquierda. Vivo al final de esta calle. Ella volvió a mirar hacia la puerta del bar. ¿Quieres tomar algo? Le pregunté. Hizo una mueca como si le diera igual y se metió dentro. No pusieron dos copas bien servidas de Brugal y Coca Cola. Con esto y la oscuridad de nuestro rincón, el miércoles tarde se convirtió en sábado madrugado. En nada llegamos a mi cama, a tientas, sin luces. No sé cuánto tiempo estuvimos enredados pero me costó seguirle el ritmo y más aún simular una suficiencia que no tenía ante el catálogo sexual que aquella niña desplegaba con tal naturalidad.

Nunca he estado con alguien como tú. Dijo ella, y parecía un cumplido. Otras veces me lo habían dicho, pero esa, fue la única vez que yo era quien quería decirlo a gritos.

A las 3 de la mañana la acompañe a buscar un taxi y volvimos a hacerlo en un portal, esta vez se desnudó completamente.

Me quede con la mano levantada mientras el taxi se alejaba.

Y esa noche permaneció intacta para mí, a pesar que, en estos dos años, apenas hubieron más noches, y las que hubo mejor no recordarlas. Hubo más disculpas que noches buenas. Lo siento, al final no me pude escapar. Esta noche he quedado. Este finde no. Lo siento, perdí el último tren, ya otro día. Lo siento. No puedo. Lo siento. No.

Nueve menos cinco. Cojo el tabaco y salgo al balcón. Hace calor. Miro la gente que camina por la plaza mientras doy la primera calada. La gente desde lejos parece feliz. Tal vez desde lejos todos somos felices. La gente cuando me ve seguro que me envidia y algunos hasta quisieran ser como yo. Si supieran lo que hay. Me sonrío y doy otra calada. Mañana empiezo a buscar piso. Le preguntaré a Sonia, que ella siempre está buscando piso para todos. Un nuevo piso, eso es lo que me hace falta.

Doy una calada corta y apago el cigarrillo sin terminarlo. Voy a mi habitación me quito la camiseta y la tiro sobre la cama, busco entre las camisas y escojo una blanca. Me miro al espejo y me gusta. Vaquero y camisa blanca un clásico que siempre funciona. Cojo la chaqueta y salgo hacia la calle.

Nueve y veinticinco, camino hacia el Rías intentando no pensar en nada, solo disfrutando del calor suave de la noche y de las chicas que, por fin, empiezan a lucir la primavera. Vibra el móvil y no le hago caso. Ya casi estoy en el Rías.

[1 mensaje nuevo]

[Elena - 21:27]

Loqui, llegare un poco tarde Viene Marc. No t imprta? Dime algo porfa.

Capítulo 10

La Declaración

Jueves. ¡Joder! si, es jueves. No puedo seguir así. Y ya son las 10. Parece tan fácil a la mañana. "Hoy me vuelvo a casa directo del trabajo" Pero luego, me lían estos cabrones. Y yo soy el que tengo que aguantar la cantinela de Julia. Bueno, Julia y sus amigas. Sé que son ellas las que le llenan la cabeza. Cada semana la misma historia, seguro que se pasa todo el día hablando por teléfono con esa Nuria, y la otra, que nunca me acuerdo como se llama. Tampoco sé, para que me quiere en casa, si no hay nada que hacer. Hablar, dice. A mí me gusta hablar con mis colegas, pero es que es hablar con Julia, es enredarme en un montón de frases incomprensibles. Y es que veo a sus amigas en esas frases, son ellas hablando. "Una pareja necesita hablar y muchas otras cosas que tu mente de orangután no podrá entender en la vida" ¿Orangután?. ¿Otras cosas que no podré entender? Al menos en la cama no se puede quejar. No sé, si eso también se lo cuenta a las amigas.

Giro la llave en la puerta y está todo en silencio. No sé si eso será bueno o malo. Malo, sin duda. Está en su habitación. Veo la luz por debajo de la puerta. Camino despacio, en la oscuridad. Está hablando con alguien. Me quedo frente a la puerta, aguantando la respiración. No me lo puedo creer. No. Espera.

No. Está sola. Está hablando por teléfono, como no. La Nuria, estoy seguro, esa víbora. Apoyo con cuidado la oreja en la puerta. "Y es que es su puta declaración, tía"

Me quedo petrificado. La puta declaración. ¿Hoy ya es 30 de junio? No. No. No. No puede ser. No me lo creo. Mi corazón empieza a pegarme en el pecho. Ahora sí, que la he cagado. Ahora sí. Pero bien. No puedo respirar. Camino en la oscuridad intentando no tropezarme. Me golpeo con una silla. ¿Joder, tiene que estar todo por en medio? Me quedo quieto, escuchando. No, no me ha oído. Menos mal. Salgo al balcón. Necesito respirar. Me ahogo ahí dentro. Necesito pensar. La he cagado. La he cagado. Aún me quedan dos horas. Otra vez como el año pasado. Hacer la cola con toda esa gentuza. ¡Joder! Pero el año pasado tenía todo el día. Ahora solo dos putas horas. ¡Que ni dos horas! Ya son 11 menos veinte.

Imposible, tengo que rellenar todos los formularios, buscar las facturas de la obra, los papeles del médico. ¿Dios, Dios, dónde cojones estás ahora? Nunca estás. Me va a dar algo, entro otra vez intentando moverme en la oscuridad. Busco en el cajón donde están todos los papeles. Esto es horrible. "No te olvides, la semana que viene es el último día" "No te olvides" "Al menos haz algo" "Estoy harta" Joder no puedo pensar. No debería haber bebido tanto. Al menos hoy no. ¿Dónde están los papeles

que tenía aquí? Joder. Ostias... Seguro que hizo una de sus putas limpiezas. No me lo creo. No. No. Oigo la puerta de la habitación y me quedo congelado. No me muevo. Solo el movimiento de mi respiración descontrolada. Una gota baja por mi pecho lentamente hasta llegar a mi barriga. Todo lo que me diga tiene razón, todo, todo. Soy un puto desastre. Un desastre. No puedo moverme. Veo el resplandor al final del pasillo. Abre la puerta lentamente dudosa, intentando ver en la oscuridad aún con el teléfono pegado al oído. Bajo la cabeza, junto mis muñecas y cierro los ojos.

Capítulo 11

Tiempos Muertos

Por fin, a las 11:57, apareció Paula por la puerta. Su cara mal dormida se despejaba mientras ponía al día a sus compañeras ansiosas por saber cómo le había ido en su viaje. Desde mi sitio apenas oía un murmullo donde solo se distinguían algunas palabras de tono más alto. Me encantaba verlas cada día, a través de los grandes cristales de la pared que separaba su departamento del mío e inventarme las conversaciones que mantenían. Hoy, en cambio, la conversación tenía un tono más serio de lo habitual. Aunque también se colaban algunas risas.

Hace siete meses, cuando Paula empezó a trabajar en la empresa, sentí que mis tiempos muertos dejarían de serlo. Era una chica de esas que no pasan desapercibidas, morena, de ojos verdes, no muy alta. Tenía un estilo muy personal para vestirse y se distinguía también en eso del resto de sus compañeras. Sabía cómo sacar partido a sus ligeras curvas.

Cuando atendía una llamada de su móvil yo podía adivinar con quién hablaba. Cuando lo hacía con su madre, por ejemplo, su rostro se ponía automáticamente en modo hastío. En el caso de su novio, su cabeza se inclinaba un poco hacia adelante, su mirada fija en la nada y los dientes apretados. Una tensión que había ido en aumento desde hace un mes, o así, cuando él se había ido a trabajar a Londres. Cortaba con una especie de rabia contenida, cerrando los ojos como para resetear su mente y seguir con el trabajo.

Cuando se mordía los labios, eso era que hablaba con Lucía. Sonrisas, ojos de asombro, un repertorio de gestos que celebraban las ocurrencias de su amiga. Se cogía el pelo y lo enredaba en su dedo. Adoraba ese gesto. Era de los pocos momentos donde la veía relajada y feliz.

Una tarde de enero, estaba yo formateando un ordenador y la veo haciéndome señas desde su mesa. Se reía mientras intentaba explicarme con muecas que su ordenador estaba muerto. El manual no escrito de los informáticos dice que debes pasar siempre 15 minutos antes de atender una incidencia. El 80% de las veces los usuarios solucionan ellos mismos sus problemas. Con Paula no podía. Verla allí riéndose divertida, juntando sus manos en señal de "por favor" me desarmaba. Intenté caminar hasta su mesa lo más despacio que mi ansiedad me permitía. Mientras yo reiniciaba su ordenador ella se sentó en el escritorio y comenzó con las típicas preguntas que hacen las tías cuando saben que no vas a mal

interpretar su curiosidad. Sobre todo cuando son mayores que tú. No paraba de hablar y preguntar, era comercial y eso se notaba. Al reiniciar el ordenador ya funcionaba perfectamente. La conversación se estaba poniendo interesante y sin pensarlo volví a reiniciarlo simulando que no encontraba el problema. Le di a F8 para que iniciara en modo depuración. "Tiene mala pinta" mentí. Descifrando en sus ojitos, esa mirada entre ingenua e ignorante, de lo que significaba realmente aquella pantalla negra, decorada por una cantidad infinita de caracteres, que llenaba ahora su monitor. Hasta hace unos pocos minutos tapizada por una bonita foto de su último viaje a Venecia. "Tú tranquilo, que un descansito no me viene nada mal", dijo con una sonrisa cómplice y sin moverse de su lugar siguió con sus incansables preguntas. Mi cabeza entró en un bucle al verla así, interesada por mis cosas, muy cerca de mí, casi rozándome.

Desde esa tarde las miradas, empezaron a ser de ida y vuelta. Cuando me descubría "espiándola" desde mi sitio, me sonreía o ponía alguna cara ridícula. Yo celebraba sus gracias y enseguida me enviaba un correo con alguna tontería del estilo "que bien te lo pasas" o "tu sí que vives bien". Sospechosamente, coincidíamos en la cafetería con más frecuencia y siempre sacaba algún tema para hablar conmigo. Nos reíamos cotilleando de algún compañero o comentando algo de la tele.

Ella se iba a las 6 de la tarde. Mi horario era diferente. Una hora más. Verificar copias de seguridad, hacer actualizaciones y demás historias. Como en todas las entretenidas actividades informáticas, en estas también había poco para hacer y mucho para esperar. Más tiempos muertos, pero sin las mímicas de Paula.

La observaba cómo apagaba su ordenador, recogía todos los papeles que a última hora siempre abundaban por su mesa. Cogía el móvil, el encendedor y sus cigarrillos, los guardaba en su bolso. Se ponía el abrigo y antes de desaparecer por la puerta, siempre se daba vuelta y me hacía adiós con la mano.

Su mesa vacía me recordaba eso. El vacío que sentía cuando ella se iba. Muchas veces después de organizar todo, me sentaba en su sitio. Jugaba con las cosas que tenía sobre la mesa. Un muñeco blanco con unas enormes orejas, parecido a un conejo, era el que más me llamaba la atención. Un día no pude aguantarme y encendí su ordenador. Aunque se me había pasado por la cabeza muchas veces. No había querido hacerlo. Y ya no pude dejarlo. Día tras día, no hacía otra cosa a esa hora. Bucear en su ordenador.

Encontré unas cuantas carpetas con fotos que copié en un USB. Unos cuantos mp3 y poco más. El gran descubrimiento, fue su correo. Era de las que dejan grabada la contraseña, para no tener que escribirla todos los días. Su correo estaba lleno de los típicos reenvíos de chistes, vídeos pretendidamente graciosos y los malditos powerpoints. No me di por vencido a la primera y seguí escarbando. Pequeños retazos de su vida empezaban a aparecer entre la basura. Había muchos correos con Lucía, aunque la mayoría eran pequeños saludos o tonterías cotidianas que no me aportaban nada. También de su novio, aunque nada demasiado personal, reservas de viajes, hoteles o recordatorios de gestiones. Finalmente, Rocío, una chica que vivía ahora en Montevideo y le escribía extensos mails que ella correspondía con la misma intensidad. Una de sus mejores amigas.

De la mano de Rocío comencé a recorrer sus últimos 2 años de vida. Parecía que todo estaba allí. Sus miedos, su música preferida, dónde compraba su ropa, la última peli que vio en el cine. Me alivió saber que las cosas con su novio no iban bien. Hacía poco, él se había trasladado a Londres para trabajar allí. Lo habían discutido varias veces y ella no terminó de ver aquello con buenos ojos. Finalmente aceptó que él fuera primero y se instalara para luego ir ella. La distancia no hizo más que agudizar la crisis. "No puedo más, tengo que hacer algo. Me siento muy sola." Escribía en un correo a su amiga. Finalmente decidió ir a Londres. Quería hablar en persona con su novio. Decirle cómo se sentía. No podían seguir así.

En el curro solo le dejaron ir cuatro días. Cuatro días eternos para mí. Su mesa vacía me lastimaba y en su correo no había ni rastros de su existencia londinense.

Hoy llegué mucho antes de mi hora. Necesitaba verla otra vez. Tenerla allí. Continuar con nuestro juego de todos los días. Ella llegó tan tarde que mi corazón estaba a punto de estallar. Aguanté. Por fin ya estaba aquí. Esperé a que fuera a la cafetería en algún momento. No se levantó, hasta casi las 2 y media. Se compró una coca cola en la máquina, sacó un bocadillo de una bolsa y continuó trabajando. Tenía la mesa petada de papeles. A las 5 y media la veo moviendo el brazo y sonriéndome. Me hacía señas que fuera a verla. De la emoción, casi se me cae el disco duro que estaba colocando. Pero cuando estaba llegando a su mesa, el Director Comercial se asomó y le hizo señas a Paula para que fuera a su despacho. Puta madre. 10 minutos. 15. 20 minutos y nada. Las de Contabilidad volvieron a llamarme por enésima vez en el día, ya desesperadas. Tenían un problema con el programa de facturación y tenían que cerrar el mes. Llevaban todo el día llamándome. Yo había

pasado olímpicamente.

No me llevó más de 10 minutos pero al volver ya se habían ido todos. Me senté en su escritorio, encendí su ordenador. Seguramente habría traído fotos de su viaje o algo. No. No había nada. Y su correo ya no recordaba su contraseña. Un documento de Word me llamó la atención en una esquina del escritorio.

Doble click.

Yo, Paula González Abelenda, les comunico mi intención de causar baja voluntaria de la empresa, con fecha de hoy, 31 de marzo de 2010...

Apagué el ordenador sin terminar de leer.
Me quedé mirando la pantalla.

En blanco.

Vacío.